

## DE LAS ARTES



Inolvidable bronce de un caballo en el suelo con el cuello roto.



El violento "desperezo" del caballo salvaje de Torroña, al aire libre del monte.



Impresionante caballo en caída.

Fotos Bene

## LOS CABALLOS DE JUAN JOSE OLIVEIRA

**E**N los montes cimeros, que ven morir al Padre Miño en la mar abierta de La Guardia, condecorada de espumas altivas, relinchan, bajo la gran luz parpadeante de los solsticios, los caballos salvajes. Son los descendientes de los antiguos "asturcones" y "celandones", engendrados en la imaginación del romano, heredero en esto del gran Homero, por el Boreas fecundador de yeguas, o por el salvaje W. que cantó Shelley:

"O the west wild wind!..."

El mismo romano de quiriterio gesto, penetrador en Galicia por una de las grandes vías, la de Tude, que es anterior a Nerón, supo apreciar a estos nobles y bríosos cuadrúpedos, firmes como pocos para el paso seguro y tenaz de la montaña. Los mismos caballos de los "curros" de hoy, cuyo acoso bajo el sol de junio es un continuo grito cromático entre gritos y polvaredas. Por entre empalizadas clavadas en el áspero monte, entra, con las crines al viento, un confuso tropel de garraones y yeguas, con los asustados potros trotando al flanco. Los ojos, abiertos, cual pozos de asombro, porque ha sonado ya la hora del marcaje con hierro al fuego.

Por veces, en los incendios estivales,

bajo el cielo implacable que arranca chispas a los pedernales, los caballos bravos de Torroña relinchan con las narices dilatadas al espanto de la llama, terror antiguo de la bestia, la selva y el hombre. Galopan en círculo como en las inscripciones milenarias y rúnicas de las piedras de la protohistoria, dirigiendo su mirada reseca hacia el lejano rumor del mar, que ahora no muge, convertido en lámina de estaño bajo un calor de apocalipsis

En la vieja Tude, en el Tuy hodierno, Juan Oliveira rumía, día a día, sus hermosos sueños de gran artista en torno a los caballos. Conocedor, como nadie, de éstos, él mismo nos cuenta cómo sus primeros ahorros fueron para comprarse un buen caballito "asturcón"; y luego, en cuanto pudo, otro de raza. Los tiene ahora, y soberbios por cierto. Pero tiene algo más: un incoercible y poderoso sentimiento de artista, que le lleva—bendita vocación tardía—a plasmar en cera, para vaciar luego en bronce, toda una teoría fascinante de corceles, en la que supo volcar lo mejor de su alma. Todo el patetismo, toda la gracia y toda la fuerza, bruante, herida, triunfante o galopante, se cifien a estas reales imágenes, cuya visión nos hechiza una y otra vez, sin que acertemos a separar de ellas la vista.

El gran artista solitario de Tuy se re-

veló hace un par de años como autodidacta en la Primera Bienal de Pontevedra, obteniendo una justísima Primera Medalla. Hoy es solicitada en Madrid la obra de este total conocedor de la nerviosa morfología del caballo. Galicia, con los salvajes y totémicos caballos de sus "curros", estará pronto en el pálido de sus bronces, que son pura emoción y dinamismo. Atención, porque creo que nos encontramos realmente ante un extraordinario artista; lo que no es fácil ni prudente el decir todos los días.

José María CASTROVIEJO



El artista ante su obra.